

Alcalá de Henares, Cercedilla y El Escorial. Los campos de fútbol y las piscinas no tienen las medidas reglamentarias generalmente, aunque sí los de balonmano y baloncesto.

Es irregular la vida deportiva de los pueblos, aparte del plan de competiciones organizadas para ellos por el Frente de Juventudes. Suele hacerse con motivo de fiestas locales y participación de muchachos de pueblos vecinos; concretamente, competiciones de ciclismo y campo a través, sin más relieve que el estrictamente local, y también partidos de fútbol entre equipos federados de categoría regional.

No pasan de veinte pueblos los que en Madrid tienen una vida deportiva digna de atención, cuyas competiciones se realizan incluyéndolas en cuatro distintas zonas, para que entre sí disputen los respectivos campeonatos interlocales, para llegar finalmente a los de orden provincial, de los que surgen los campeones para cada temporada. Sin embargo, las pruebas serias se disputan en la capital: el atletismo, en la Ciudad Universitaria; la natación, en la piscina municipal de la Casa de Campo, y el campo a través, con ocasión del gran premio del Frente de Juventudes, habiéndose proclamado en esta última especialidad campeones provinciales para 1956 muchachos de Titulcia y de Brea del Tajo, en las categorías de cadetes y guías, respectivamente.

Esta tarea permite movilizar anualmente unos quinientos muchachos en las distintas pruebas provinciales, y puede calcularse que, durante quince años, han participado en ella unos diez mil muchachos. Quizá la temporada más notable, por las figuras de relieve en ella producidas, fué la de 1940-41, en la que pueblos como Chin-

chón, Alcalá de Henares y Aranjuez dieron, entre otros, jóvenes destacados en diversos deportes. Todavía podría hacerse más de lo conseguido, si la ayuda moral y material de los Organismos fuera mayor, incluso de aquellos Municipios de escasos recursos, disponiendo los terrenos adecuados para la práctica deportiva, estimulando a sus muchachos a prepararse técnicamente, y a premiarles con trofeos o distinciones que tanto ayudan en ese aspecto.

Quizá valga la pena de que las autoridades municipales de los pueblos madrileños reflexionen sobre el tema. Madrid necesita una juventud capaz de enfrentarse a cualesquiera otra en competiciones y ejercicios, para que, con la victoria o la derrota —y esto es lo que menos importa—, se dé alentadora noticia de la educación física y deportiva que estos muchachos fueron recibiendo a lo largo de los años más apropiados, para que ese aprendizaje dé todo el fruto apetecido en la salud de nuestras gentes, y en la fortaleza que de aquella salud se deriva de forma inmediata para la propia colectividad a la que se pertenece.

O. G.



El baloncesto es uno de los deportes más completos para la formación del muchacho, en que, sin faltat la pasión nobilísima por alcanzar la vic'oría, se disputa, dentro de unas reglas, por el dominio y la superioridad de los contrarios. Estos muchachos madrileños dan lección de su saber en un encuentro sumamente reñido, desarrollado en unas instalaciones de la capital.

Organización y perfeccionamiento del turismo en nuestra Provincia

SE incurre, frecuentemente, en el error de considerar como turismo, de modo genérico, a los contingentes de viajeros de otras partes, que llegan a una ciudad, recorren un país y marchan de un lado para otro, en satisfacción de sus ansias de conocer paisajes y ponerse en espiritual contacto con vestigios del pasado. No es sólo eso lo que encierra el concepto «turismo». También lo es el sistema de recibir, la organización para acoger, todo el engranaje que es preciso preparar a fin de que los que llegan encuentren las máximas facilidades. Todo, pronto y cómodo. Hay que convencerse de un hecho, en el que, acaso, no se ha meditado con el detenimiento que merece. Los países turísticos por excelencia alcanzaron notoriedad en ese matiz, atrayendo a las gentes del mundo, sencillamente por haber sabido montar la mecánica, el método de recepción.

Hay muchos lugares, trozos de nuestra heterogénea geografía hispana, que no han sido objeto de la atención que debieran, en su aspecto de rincones de singularidad, con positivos motivos de atraer. Los tesoros de arte y de historia están allí, en esas escondidas acotaciones, pero cuesta trabajo llegar a ellas por la deficiencia de los caminos. Y no hay, luego, decoroso alojamiento. Todo esto debe revisarse. No dejar fuera de los itinerarios turísticos ningún pueblo, ningún lugar que pueda constituir atractivo. Pero los itinerarios, desgraciadamente, son cortos, limitados. Y por ello, mucho de lo que podría ser incluido, queda fuera. Lo que es tanto como permanecer inédito para muchos que gustarían de ampliar la visión. Sólo los muy avezados a viajar y a conocer, las minorías que hacen del turismo un ejercicio casi profesional, exquisitamente cultivado, se adentran y llegan a los sitios que pueden concitar su interés, soportando, a cambio de satisfacer apetencias y curiosidades, todas las molestias de los malos medios de comunicación y las miserables instalaciones hoteleras.

Este caso se da en la provincia de Madrid. Hemos de volver sobre una reflexión formulada más de una vez. La capital absorbe. Su luz esplendente, su rango y su condición de gran urbe europea, perjudica y empequeñece lo que tiene en derredor. Madrid es algo más que la ciudad capitalicia. Es, también, su provincia. Y en ella hay todo un acervo de lugares interesantes, de joyas de arte, recuerdos históricos, monumentos notables, castillos, templos y testimonios arquitectónicos que bien podrían constituir motivo de detención y visita para los que a Madrid llegan. Pero los transportes son escasos. Los caminos, están en malas condiciones. Y no ha existido hasta ahora —esto es lo fundamental— el cuidado de ordenar unos posibles recorridos. No haría falta pernotar. En el día se puede hacer la excursión. Sin embargo, ¿qué duda cabe que en algunas localidades de la provincia cabría establecer albergues o paradores para aquellos turistas que gustasen de prolongar su visita? Nos hemos hecho a la idea de que los puntos básicos —El Escorial, Alcalá de Henares, Aranjuez— lo son todo. Como si no hubiera otros pueblos que conservan verdaderas maravillas, tanto desde el punto de vista de arte, de arquitectura, de folklore, como en lo que es legado de los siglos, impronta de la Historia.

La curiosidad ajena, salvo casos muy singulares y contados, no organiza. Hay que encauzarla. Y, en muchos casos, hacerla nacer. La actitud pasiva de dejarse visitar y admirar —el eterno tópico, más que proverbio, de que «el buen paño en el arca se vende»—, ya no sirve. Ha sido superada. El ejemplo de otras naciones, que han sabido lo que significa montar adecuada, inteligentemente, el turismo receptivo, debe ser incentivo y estímulo. Lo primero que falta es una eficaz propaganda. El mundo moderno, en sus avances de todo orden, ha comprendido que el factor propaganda es esencial. Y hasta para los empeños más espirituales, más alejados

de lo comercial y egoísta, se emplea la propaganda. Nada tan necesitado de ese instrumento de atracción como el turismo. Muchas veces se lamentan los que viajan por otras latitudes, de la ausencia de affiches, folletos, litografías, carteles, etc., - de España, cuando otros países invaden los hoteles y los establecimientos de todo orden para llamar la atención sobre lo que pueden brindar al turista.

Si la organización general no llega a la intensidad que fuere conveniente y aconsejable, si los sistemas de propaganda se quedan cortos, sin citar lo que tiene interés y es susceptible de incluirse en los itinerarios bien dispuestos, hay organismos que pueden cooperar, corrigiendo el defecto. En Madrid, la Diputación tiene, en ese sentido, una indudable, urgente misión que cumplir. Es ardua la labor que se ha llevado a cabo —que se sigue realizando— para mejorar la situación de los pueblos, dotándolos de lo que carecían. No basta. Lo fundamental es eso: darles nueva vida. Pero, luego, hay que mostrarlos. Y que los visitantes, españoles o extraños, se den cuenta de las bellezas y los tesoros artísticos que la provincia de Madrid conserva. Hay necesidad de articular, minuciosa, detalladamente, la posible excursión de un día. O de varios días. Con precisión de horas, de lugares para comer, de cosas de más interés que debe incluirse en la visita. Y, claro está, con la previa rectificación de todo lo que hoy es deficiente. Medios materiales de transporte, mejora de las carreteras. Alojamientos. Precedido, todo ello, de la sugestiva explicación, de los elementos de divulgación que son base de la voluntad de detenerse y conocer los lugares que lo merecen. Mucho se ha hecho en otros órdenes. Lo relativo al turismo debe incluirse, sin mayores tardanzas, en los ilusionados programas de renovación y avance, por lo que a la provincia de Madrid se refiere.

FRANCISCO CASARES

PAISAJES DE LA PROVINCIA



MADRID, INDUSTRIAL
(Foto Loygorri.)

No se trata, aunque a simple vista lo parezca, de un campo petrolífero, ni tampoco, las torres metálicas que veis, aunque también lo aparenten, son los artefactos usuales para la extracción del negro líquido, ese oro licuado por el que se debaten tantas naciones. No reproducimos en esta bella lámina un paisaje del Irak o de Venezuela, pongamos por ejemplo. Esa carretera que acerca la ciudad, esas esbeltas armaduras metálicas y ese cielo azul cubierto por un celaje caprichosamente artístico, son netamente madrileños. Tan sólo a 12 kilómetros de la gran ciudad se elevará, dentro de poco, en ese núcleo fabril madrileño que se extiende hacia el Sur, otra nueva y potente industria. Al fin y a la postre, surtirá efectos parecidos a los de ese campo imaginario a que aludíamos: crear riquezas y, con ellas, engrandecer la Patria.

Madrid de ayer y Madrid de hoy

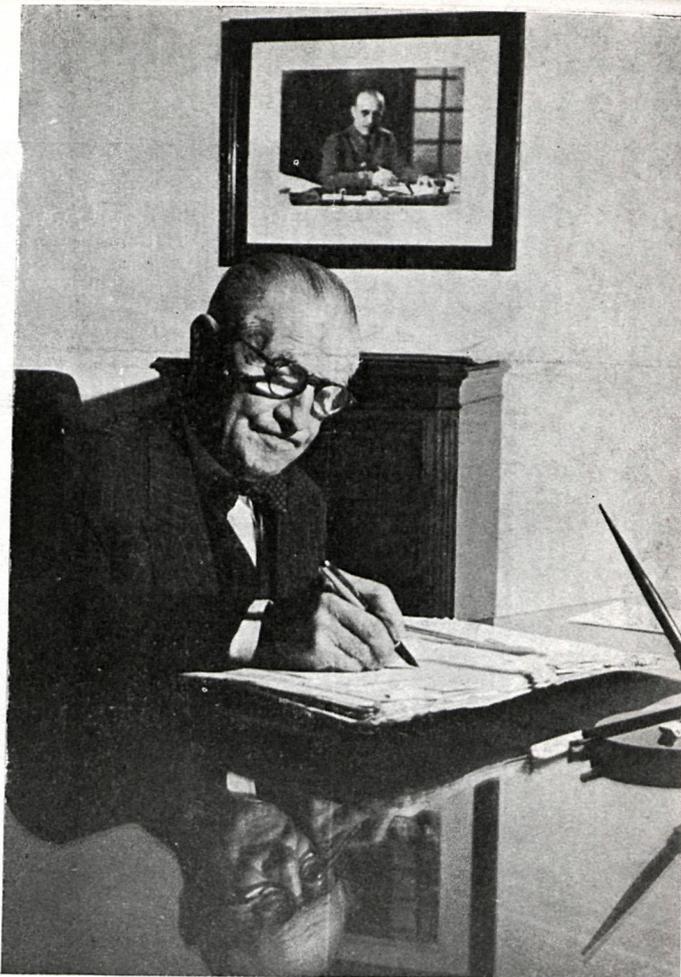
LA ESCUELA DIPLOMATICA

De la calle Límite a Secretario de Embajada

EN la calle Límite, buen aire por todos lados, hotelitos, Colegios Mayores, jaramagos y asfaltos, faroles solitarios, se levanta con buen tono y muy bella arquitectura la Escuela Diplomática. Allí entran los chicos con temblor de piernas, con ritmo acelerado en el corazón y la cabeza un poco dolorida. Si las cosas van bien y pronuncian como es debido los idiomas, saben del barroco y de San Agustín, de Economía y Derecho Consular, de Felipe II y de Geografía de última hora, saldrán un día con derecho a llevar sombrero de plumas, el de su boda, y en el coche la placa del C. D. Con derecho a estas pequeñas cosas y a esa otra que da noble orgullo de representar a España, ya en París o Bombay, ya en La Paz, por donde, por haber cosas, hasta hay un cementerio especial para diplomáticos, a los que la altura rompe el corazón.

Tiene dos puertas la Escuela : la de gala, por

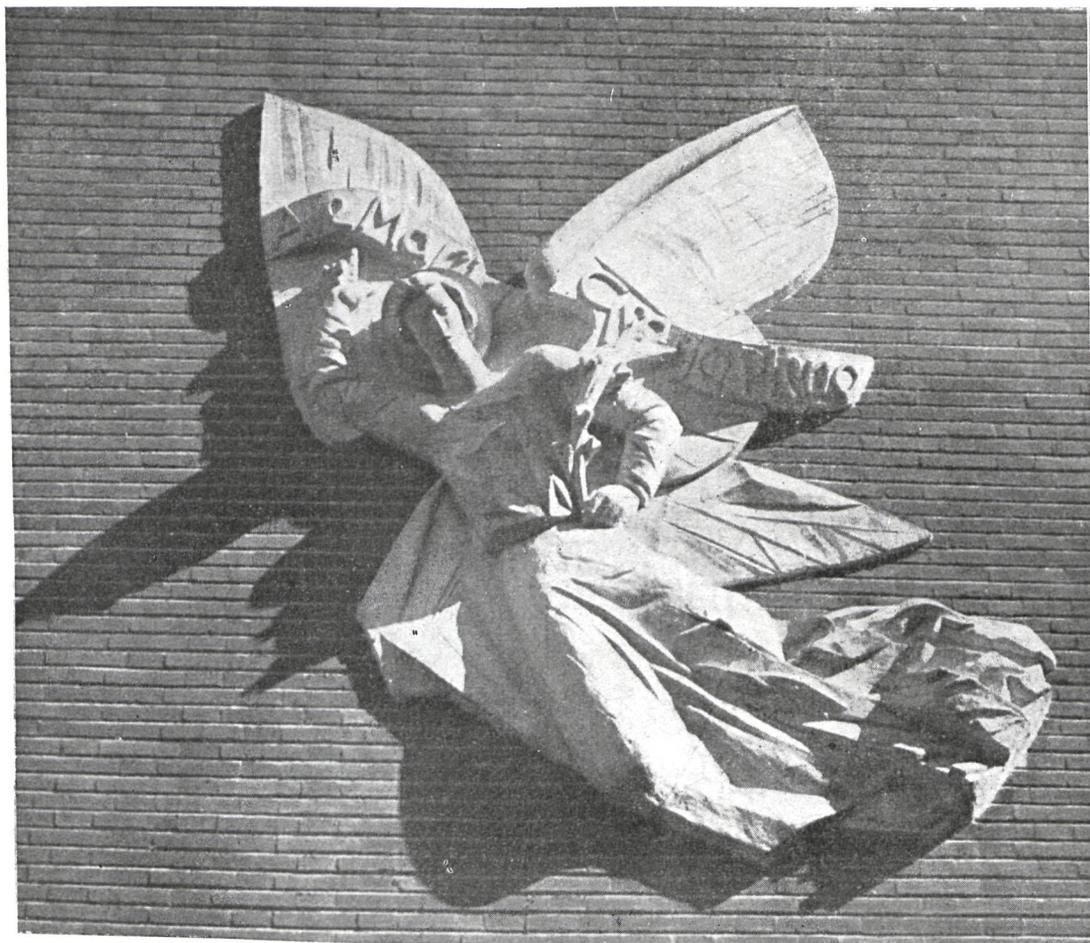
El Rector, don
Juan Francisco
de Cárdenas



donde se entra de uniforme o chaquet, con chistera de ocho reflejos y oliendo un poquillo a naftalina, y la de cada día. Aquélla se abre a una avenida ; ésta, a Límite. Una y otra coinciden en un «hall», con arranque de escalera de mármol. En el «hall» un plano de la casa, algo así como los planos de las mesas en las comidas de gala de Embajadas, para saber si a la derecha está la Ministra de Finanzas o el Nuncio de Su Santidad. Hay también un tablón de anuncios, tablón dorado sin inscripciones tremendistas, horarios y listas en él, cosas minúsculas, pero importantes cosas que no variarán, pese a que se invente una bomba nueva o la televisión

La Escuela Diplomática en la Ciudad Universitaria





El Arcángel San Gabriel, patrón de los diplomáticos.

nos dé en relieve las curvas de la Lollo y las astas de los Miuras.

Por un pasillo se va a un Club. En el Club, salones con muebles verdes y grises, bar como de cafetería, aunque sin chicas guapas de cofia y vestidos verdes y azules de percal o de vichy. Por las paredes, grabados de caballos ingleses, que parece van a empezar a correr con o sin jinetes ilustres. Hay un excelente olor a batido de chocolate y de «sandwich» de queso y jamón caliente.

Los ventanales, anchos y hermosos, se abren al jardín en flor, a la grandeza de la Sierra, con restos de nieve al fondo. Decorando la sala, dos pinturas. Una de la plaza Mayor, la otra de la vieja Cárcel de Villa, donde ahora está Asuntos Exteriores, paisajes urbanos, donde sin embargo faltan los gorreros, el Rey don Felipe a caballo y el viejo de las tortas con chicharrones. En el Club, animación por las tardes, animación de los chicos que, pasados los temblores, perfeccionan su francés y su inglés, aprenden la Economía y los Derechos. Por un lado está el Club; por otro, eso que se llaman las dependencias. Dependencias muy bonitas, bonitos despachos, bonito archivo, lavabos también sin ins-

cripciones y el cuarto del Conserje. El Conserje, que se levanta y saluda cada vez que ante él pasa un futuro Secretario de tercera.

El despacho del Rector de la Escuela tiene un tresillo rojo, una gran mesa, un retrato del Jefe del Estado, otro del Conde de Jordana, viejos grabados y un bello y sonoro reloj. Desde la ventana se contempla un paisaje velazqueño. Tiene un dueño culto, cortés y elegante este despacho: el Excmo. Sr. D. Juan Francisco de Cárdenas, Embajador de España. Sabe miles de cosas este don Juan Francisco, cosas de la cultura, anécdotas de las gentes más variadas; sabe mucho de gastronomía, cosa esta última que no es de desdeñar para un Jefe de Misión, como no es de desdeñar, para un Secretario recién salido de la Embajada, el saber bailar más o menos apretado, eso de ellas depende, el tango o el vals.

Del ala izquierda con el Club, donde por la tarde se dan clases de usos diplomáticos: protocolo, tarjetas, invitaciones, se va hacia la derecha. En el camino está la Sala de Profesores, con mesa redonda tapizada de una tela que es maravilla de la nueva técnica; en ella, también tres buenos retratos: uno del Ministro de Asun-

tos Exteriores, Alberto Martín Artajo; los otros, de los rectores que la Escuela ha tenido: Palacios y Doussinague.

Párrafo aparte merece la Biblioteca —corazón chico de Cárdenas—, con sus estantes cargados de libros en infinitos idiomas, sus revistas viejas y jóvenes, hasta con sus incunables, con sus cubículos para los estudiosos, sus ficheros y un buen retrato de don Juan Francisco de Cárdenas por el buen pincel de Clemente del Camino. Un retrato, en el que, como don Juan Francisco de Cárdenas está de uniforme, no puede lucir, y esto hace raro, su peculiar corbata de lacito.

Escaleras arriba, en un descansillo, el plano de Texeira, que trae nostalgias de un Madrid, más que lejano, remoto; en otro, un Escorial muy logrado de Pierre François. Escaleras y pasillo por donde transcurren chicos que quieren lograr, cuando el tiempo pase, cuando los años corran y corran, presentar credenciales a S. M. la Reina de Holanda, a lo mejor al Rey, o al Presidente de Chile.

En el segundo están las aulas, aulas jóvenes,

alegres y aireadas. Está el Aula Magna, la Sala de Conferencias. Pero vamos por partes, que el caso lo requiere. El Aula Magna tiene sillas cómodas tapizadas en rojo; hay, como en los cines, un primer piso; hay una mesa inmensa y, tras ella, grandes sillones; al fondo, un reposero. Un repostero de los tiempos de Felipe II, con una inscripción latina. El Rector, don Juan Francisco, que tiene un buen latín, como un buen inglés, nos la tradujo: «Somos representantes de la Patria; cuando hablamos, la Patria habla por nuestros labios». La verdad es que la sentencia es bonita; la verdad es que para lograr esto, que esto sea una realidad, vale la pena de estudiar de firme, de escuchar lecciones y conferencias.

La Sala de Conferencias; más aulas. Salimos al jardín. Sobre la pared de la Escuela, el Arcángel San Gabriel, Patrón de la diplomacia, con la divisa Gracia Plena. En la Escuela quedan los que entraron un día con temblor de piernas y se preparan para servir a España en el dulce o agrio mundo.

JUAN SAMPELAYO

Aula Magna



ACOTACIONES

SI la capital puede estimarse paradigma de una evolución que, afincada en las conciencias, presenta sus más definitorias dimensiones en lo espiritual, pero recibe, también, la proyección de los cambios materiales, del ambiente rural puede decirse lo mismo. Madrid se ha transformado. La provincia, también. La urbe, en su fisonomía y en su estructura actuales, no tiene el menor parentesco con la de antes del 18 de Julio. Admiran su ascenso, su espléndida ruta de engrandecimiento, hasta convertirse en una gran ciudad europea, los que llegan de fuera. Acaso, con mejor sentido de percepción que los de dentro. Porque las revisiones, aunque sean trascendentales, se van produciendo poco a poco, y lo que se añade o se rectifica cada día, no resulta tan perceptible. Para las gentes que han dejado de ver, durante algún tiempo, la capital, la evolución presenta caracteres de sensacional. Se percibe con más claridad esa mutación.

¿Y nuestra provincia? No ha sido, de modo tradicional, un espacio geográfico intensamente visitado. Aunque debiera haberlo sido, que bellezas y lugares típicos, atractivos y singularidades, no le faltan, ciertamente. Pero, en el progreso de los pueblos, grandes o pequeños, ciudades o aldeas, han de considerarse dos factores esenciales: el de la impresión ajena, para la cual tiene indudable importancia lo que podemos llamar la escenografía, la presentación, y el de la permanencia y modo de vivir de los que integran los vecindarios. Fué de liberación nuestra Cruzada, porque se iban liberando, materialmente, de la tiranía marxista, las tierras españolas. Pero había otro signo, liberador también, al que era necesario, inaplazable, consagrar los mejores afanes. Era urgente dotar a los pueblos, dándoles aquello que elevase la condición de sus moradores. Era esta segunda liberación —lo he dicho más de una vez— la de un estado perenne, incorregible, de pobreza, sin medios, sin los elementos mínimos para determinar un bienestar y una auténtica incorporación a la vida moderna.

Como en Madrid, la transformación ha sido sorprendente. Fuero creándose servicios que, durante muchos años, fueron absolutamente desconocidos. Se ha desarrollado una labor de enormes proporciones, para entronizar comodidades y modificar el aspecto de abandono, de olvido, que pesaba, secularmente, sobre la ruralidad madrileña. Sin prescindir de lo que, en el empeño, han puesto quienes ejercieron la función regidora —sería injusto silenciar una entusiástica actividad, un fervoroso interés, que se han puesto de manifiesto en esta etapa reconstructiva—, ha de proclamarse la influencia que en el cambio ha tenido una nueva legislación, encaminada resueltamente a impulsar la riqueza y a dar a los pueblos la potencialidad que les falta-

ra. La creación del nuevo impuesto sobre la riqueza provincial ha permitido llevar a cabo una serie de grandes mejoras. Se han construido caminos, ha sido electrificada la provincia, hasta el punto de que últimamente sólo quedaba un pueblo sin suministro eléctrico, ha sido realizada una intensa labor de repoblación forestal, se crearon escuelas, casas del médico, bibliotecas...

No pretendo traer a estas glosas una relación detallada de los progresos implantados, En rápida síntesis, he citado los rasgos principales del cambio operado. Lo esencial es eso: una situación totalmente distinta de la que caracterizaba la vida rural en los años que precedieron al Movimiento Nacional. No hay que olvidar que también son madrileños los que forman los censos de la provincia. Y para ellos, por lo mismo que el atraso y la pereza creadora fueron mayores, el haber dejado atrás un triste panorama, desolador, de «burgos podridos», como dijo un nefasto político, significa una resurrección. Es nada menos que el



incorporarse a la civilización. A la desidia, influida por los modos y los vicios de una política secular, la ha sustituido el entusiasmo. La Diputación Provincial ha sido el eficaz instrumento. Y los que han nacido después de la Cruzada, saben, sólo por la referencia de sus mayores, de aquellas carencias y escaseces, porque el paisaje rural, en su acotación urbana, que contemplan, es muy diferente.

El contraste —y se trata sólo de unos años— es evidente. Madrid ha olvidado su vieja estampa de ciudad chata y pobretona, de constante deficiencia de servicios sustanciales. Y los pueblos, igualmente. Para ellos, el Movimiento es la decisiva, histórica transición. Se han dado cuenta de que tenían, inéditas, unas posibilidades. Las han alcanzado, al fin. Y en la ocasión de conmemorar el vigésimo aniversario del Alzamiento, que salvó a la patria del yugo comunista, es justo que estas verdades se proclamen y recuerden. En lo moral y en lo material, España es el reverso de lo que fué. Madrid se puede presentar como ejemplo. Su provincia, también.